

1995: Año Internacional de la Tolerancia

DE los cerca de doscientos estados representados en la ONU, sólo cincuenta y dos de ellos recogen en sus propias constituciones la defensa de la garantía de las libertades fundamentales. Este frío dato revela ya que la tolerancia es un bien escaso que hay que fomentar. Y es seguro también que esta circunstancia ha determinado que la UNESCO declare el año 1995 como el Año Internacional de la Tolerancia. Una ligera mirada a nuestro alrededor confirmaría de modo incuestionable que se dan en exceso demasiadas muestras de intolerancia en todas las esferas de la vida humana: política, cultura, economía, religión, vida pública y privada son marcos propicios para su génesis y desarrollo. La extensión de la intolerancia parece dar la razón a las palabras de J. Lemaitre:

«La tolerancia es una virtud difícil; nuestro primer impulso, y aun el segundo, es odiar a todos los que no piensan como nosotros.»

«Tolerancia», un concepto ambiguo

LEJOS de aceptar la extremosidad de la definición del pensador francés, convendría revisar el propio

concepto de tolerancia al que a menudo añadimos calificaciones e identificaciones no del todo precisas. «La tolerancia es la madre de la paz» dijo Gaetano Filangieri; «es la auténtica prueba de civilización», en palabras de Arthur Helps; «es una virtud», según la atribución más extendida; y se identifica con la resignación, la paciencia en algunos casos; con la comprensión, el amor, la caridad hacia el prójimo en otros; pero también con la debilidad, la «permisividad», la «libertad escandalosa» según aquellos que persisten en la añoranza de los viejos tiempos del orden impuesto, sin fisuras ni excepciones. Tiene tantas atribuciones y usos que se nos antoja una de esas palabras «baúl» en las que cabe todo y que adquiere valores muy diferentes según el cristal con que se mire. Y sobre todo, lo que ofrece una variación sustancial en razón del sistema de valores de quien la emplea es el límite de lo permitido, de lo tolerado. Aquí las diferencias pueden ser abismales: lo que es tolerable y hasta deseable para unos, es francamente intolerable, inaceptable, para otros.

La tolerancia, valor dinámico y social

PERO, ¿cuál es, más allá de atribuciones, la tolerancia que ha de ser objeto de celebración y de promoción?, ¿en qué sentido hemos de entender el acto de tolerar? La tolerancia que se desea promover no es la que corresponde al inicial valor etimológico de «tolerar» (del lat. «tolero»: soportar, aguantar, sufrir, aplacar, mitigar), que se identifica con la paciencia individual y resignada, el tolerar o soportar porque no queda otro remedio posible. El concepto ha evolucionado hasta designar la acción de «respeto o consideración hacia las opiniones o prácticas de los demás, aunque sean diferentes a las nuestras», tal como se define en el Diccionario de la RAE, o en una segunda acepción, asociada a los cultos, «derecho reconocido por la ley para celebrar privadamente actos de culto que no son los de la religión del Estado». Además, como hemos señalado al principio, los sistemas democráticos avalan su significación jurídico-política, como derecho fundamental de los ciudadanos.

Del «sufrir», «soportar» con paciencia estoica e individual, cercano a la resignación inmovilista, la tolerancia es hoy un concepto proyectado hacia una dimensión social activa. Esta inflexión parece encontrar explicación en las palabras del filósofo contemporáneo E. Tugendhat: «El problema de la ética antigua consistía en un saber qué es aquello que yo quiero verdaderamente para mí; mientras que el de la ética moderna se pregunta, más bien, qué es aquello que debo hacer en relación con los otros». Sin embargo, el carácter dinámico y social de la tolerancia estaba ya presente en la Ética aristotélica, cuando proclamaba como esencial en el hombre ser «animal político», «animal social»: para su realización, por tanto, el hombre necesita cumplir el destino de su propia naturaleza en la «polis», en sociedad. Y esto es sólo posible a través del «logos», del diálogo, del entendimiento, de la tolerancia. La guerra, la incomunicación, la intolerancia, son la negación misma de estos principios: «así como el hombre perfecto es el mejor de los animales, apartado de la ley y de la justicia es el peor de todos: la peor injusticia es la que tiene armas», nos recuerda el Estagirita.

La tolerancia que celebramos

NO se trata de fomentar con la celebración del Año de la Tolerancia la actitud resignada ante lo que no se puede cambiar: la tolerancia se constituye en un valor social dinámico que, partiendo naturalmente de la individualidad, se proyecta en las esferas de lo político, en los sistemas jurídicos democráticos, en las disposiciones de apoyo a las etnias, a los pueblos, a los refugiados, a la diversidad cultural, que promulgan los organismos internacionales. Supone, en primer lugar, el derecho inalienable a la diferencia particular, cultural, racial, lingüística, ideológica, religiosa y social, el respeto a la diversidad en la identidad; y se apoya en la confirmación de este derecho como uno de los inalienables del hombre como tal.

Desde una dimensión cristiana, la tolerancia se inscribe en el amplio —y, por eso, a veces demasiado difuso— amor al

prójimo, que nos lleva a la comprensión respetuosa del otro, despojándonos de actitudes críticas, prejuicios o manifestaciones de soberbia petulante. Y también aquí la tolerancia dista esencialmente de la resignación frente a las diferentes formas de actuar, pensar o sentir del prójimo: sufrir pasivamente incluso las actitudes hostiles o molestas del otro, sin hacer nada por ese otro, no es testimonio de tolerancia tal como debemos entenderla; tiene en todo caso visos de impotencia o de desinterés. Siempre habrá algo que podamos hacer, por mínima que sea nuestra aportación; y más todavía, si no sabemos ser tolerantes en nuestras esferas inmediatas, en el entorno familiar, difícilmente podremos traspasar la imaginaria línea divisoria entre lo privado y lo público, hacia la tolerancia en sentido amplio, social.

Los únicos límites de la tolerancia

EL único límite de la tolerancia consiste en tener claro que no se debe soportar pasivamente el reguero que va dejando la intolerancia: ni el millón de muertos o el millón y medio de refugiados de Ruanda; ni los sesenta millones de muertes violentas anuales de los múltiples conflictos armados del planeta, en situaciones de penuria económica o en enfrentamientos raciales; ni los asesinatos de extranjeros de la comunista Argelia; ni el genocidio imparables en la ex Yugoslavia o en Chechenia; ni las expresiones del fanatismo religioso de judíos o árabes en la sufrida Palestina; ni la violencia ejercida a través del hambre a un número cada día mayor de seres humanos; ni los niños víctimas de las decisiones demenciales de los adultos... Hay un límite donde la tolerancia deja de ser virtud: se sitúa en la pasividad frente a los hechos que exigen de nuestra parte una respuesta dinámica, activa. Y hay un límite en la extensión de lo tolerado: en el punto en el que la cuota de justicia a la que cada uno tiene derecho, individual y socialmente, sufra algún menoscabo.

Mucho mejor que contemplar las imágenes del horror ocasionadas por los intolerantes, imágenes que se instalan en nuestra sala de estar como una fantasía o un mal sueño de

fácil olvido, es el compromiso con la esfera de los valores de la tolerancia: paz, diálogo, comunicación, solidaridad. Más que repudiar la intolerancia, conviene comprometer nuestros esfuerzos en el ejercicio de su opuesto, a través del compromiso solidario con los desposeídos, los postergados, las víctimas de la intolerancia y su séquito de guerra, disensión, muerte y olvido. Se trata de transitar por la senda de —en palabras de Bertrand Russell— «la tolerancia antidogmática, la búsqueda del consenso, el diálogo como esencia democrática».

AGRADA *ver cómo en campañas como las del 0,7, en el incremento del voluntariado de civiles y religiosos, cada vez más seres humanos se suman a la vía de la tolerancia activa, social, constructiva, tolerando incluso a los que esgrimen como arma la intolerancia. Por ahora, los resultados del enfrentamiento siguen siendo favorables a éstos, justamente porque aún somos muchos, demasiados, los que dedicamos gran parte de nuestro tiempo a criticar a los dogmáticos, a los intransigentes, a los intolerantes, en lugar de actuar por el bien que buscamos. Tal vez —y ojalá— al cabo de un año de «reflexión activa» en torno a los actos programados, la balanza se incline favorablemente hacia la tolerancia.*